

---

La conversión, de la que la Iglesia no tiene la patente, exige una renovación permanente desde lo profundo de todos los hombres de buena voluntad. Tras repasar las opiniones de algunos pensadores, el articulista concluye que la reflexión y el testimonio configurarán el quehacer ético del futuro para negar así la creciente insensibilidad moral de las nuevas generaciones.

---

Por Carlos Díaz

### 1. BYE, BYE HUMANISMOS: CUANDO LA DIVERSION NO BASTA Y LA CONVERSION SOBRA

En una obra apenas conocida de Enrique Tierno, «Humanismo y sociedad» (1963), afirma este autor —un poco entre las huellas de Comte y de Marx como era en él usual— la existencia histórica y sucesiva de dos clases de humanismos; en otra obra no menos ignorada, «Los substitutivos del entusiasmo» (1962), completa aquella prognosis. La tesis global de ambas obras es la siguiente:

Hubo un tiempo en que dominó el *humanismo de la compatibilidad*, caracterizado por un humanismo espiritualista, almibarado, elitista, retórico, esteticista, que postulaba la compatibilidad entre ricos y pobres, con la supuesta bendición parigual por parte de la divinidad. Los caracteres de este estadio serían: a) Concepción de la inteligencia como explicación metafísica del mundo, sin expertos ni científicos; b) Creencia en un mundo abstracto e inmutable; c) Sesgo aristocrático de la vida; d) Intimismo enemigo de lo popular multitudinario; e) Entusiasmo de los intelectuales y los ricos tratando de dar unidad al mundo deshecho por la fáctica desigualdad.

Por contrapartida, la disidencia se abre en esta etapa al riesgo y al alto sentido dramático y estético de la «conjura», presidido por el secreto, el riesgo permanente, y la lealtad o fidelidad a la causa. El conjurado está convencido de que no sólo tiene razón en su réplica, sino toda la razón.

Vino luego un *humanismo de la incompatibilidad*, propio de una cultura del fraccionamiento donde los ricos tienen su moral y los pobres la suya, dándose entre ambos oposición recíproca y no pretendiéndose encontrar sentidos totalizadores (metafísicos) al Universo.

Ahora bien, cuando el ser humano lograra el control científico pleno o semipleno de la naturaleza —último estadio previsto por Marx—, fracciona-

miento y totalización no serían categorías opuestas. Entonces advendría la igualdad entre los hombres por el control científico de la naturaleza: Estaríamos así ante el humanismo del futuro, el humanismo socialista.

El responsable directo de los acontecimientos va siendo en este estadio el experto, y allí donde el experto tiene una función eficaz y definida tragedia es el nombre de la improvisación o del error. La pérdida del sentido de lo trágico equivale a la expertización del destino, no habiendo destino sino expertos. En tal contexto, libertad será conformidad con las decisiones de los expertos, que hacen irrelevante todo otro entusiasmo (herencia comtiana).

Aquí el disidente ya no recurre a la conjura sino a la «conspiración», donde lo característico no es el secreto sino la clandestinidad; la conspiración es acción clandestina justificada por la defensa del bien público. La mentalidad de organización hace que la conspiración moderna tenga una estructura semejante a la de la empresa industrial, de ahí que busque reformas sociales, lo que la hace típica de la lucha de clases. Salir de la conjura para entrar en la conspiración ha sido el camino del contrahumanismo clandestino. El sistema parlamentario ha hecho innecesaria la conspiración, canalizando la protesta a través de las instituciones.

Ahora bien, este paraíso de la finitud reconciliada, que sería a su vez la patria del increyente, como afirma Tierno en su conocido estudio «¿Qué es ser agnóstico?», amén de improbable en cuanto a su futura implantación universal, parece asimismo poco entusiasmante, sobre todo teniendo en cuenta que tal hombre robotizado, expertizado, y desdramatizado no es un hombre radical. Enrique Tierno reconoce que «hoy por hoy, quizá durante bastante tiempo, el humano occidental no está en condiciones de prescindir del entusiasmo y del destino como la fuente del entusiasmo» (destino en sentido no cósmico y objetivo, sino personal vinculado a la libertad y al entusiasmo —apunta su discípulo Elías Díaz<sup>1</sup>—). La humanidad necesita al menos un entusiasmo profundo para que su bienestar sea de igual signo, por lo que según Tierno «es necesario buscar substitutivos al entusiasmo, pseudotragedias, hasta que el acoplamiento al bienestar sea perfecto».

¿Cuáles serán entonces los substitutivos del entusiasmo?

— No la religión, dice Tierno, porque «el entusiasmo espiritual religioso requiere dolor y nuestro mundo tiende a ser un mundo sin dolor».

— No la sexualidad, el erotismo o la voluptuosidad, «es incuestionable que esto no basta».

— No la política, que «no obstante es un buen substitutivo para hombres y mujeres medios».

— No el arte...

Resumiendo: «Un entusiasmo auténtico es ya en muchos casos risible y acabará por ser inmoral. De ahí la necesidad de entrenar para entusiasmos

<sup>1</sup> Cf. DIAZ, E.: *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, pp. 115-161 y 175-179.

menores que sustituyan la tragedia. Es una obligación, hasta tanto que el bienestar haya encontrado su peculiar substitutivo del entusiasmo. Ni siquiera puedo conjeturar qué palabra predecería esta nueva actitud».

Mientras tanto, la misma conspiración dejará de tener sentido profundo, se tornará convencional, trivializada, o ingrátida, representada en la figura del conspirador tolerado, *conspirador sin escenario*, del que nadie —ni siquiera él mismo— tomará en serio lo que hace. Así las cosas, acaso exista una difusa y generalizada oposición que espera el momento de encontrar ideas y organización, que finalmente acabará por integrarse.

No conozco por mi parte al respecto ningún otro pronóstico tan agudo como el de Enrique Tierno formulado en los años sesenta para el final del presente milenio narcisista y nihilizador que se conoce como posmodernidad (hay que decir sin embargo que Kierkegaard lo vio con más profundidad un siglo antes en su análisis del héroe trágico Agamenón). Lo cierto es que el universo de Tierno se parece a su vez mucho al de Benito Espinosa que postulaba un mundo «sin esperanza ni miedo» (*nec spe nec metu*), *donde la conversión sobre y la diversión no basta*.

## 2. ALABANZA DE LA CONVERSION SIN DIVERSION, O EL ERROR DEL INHUMANISMO CALVINISTA

Marx se equivocó al decir que la economía determina a la religión, y por ello creemos estuvo más acertado Max Weber al ver cómo ciertas formas de religión determinan la economía, tal cual reza el calvinismo.

En efecto, estas serían esquemáticamente las ocho afirmaciones básicas del calvinismo:

1) Dios salva o condena al hombre no por ser bueno o malo, sino porque así arbitrariamente lo habría decretado *predeterminadamente*.

2) En consecuencia, debería actuarse conforme a una brutal discriminación mundana: A los *réprobos* abominables no habría que darles merced ni oportunidad, ni compasión, sino guerra sin cuartel, pues son vasos de cólera destinados al castigo eterno. A los *elegidos* se les impondría no ceder nunca, siempre adelante aun asediados por la fatiga.

3) El calvinista se pregunta a veces con espanto si él será realmente del número de los elegidos, pero bien pronto se apacigua. La misma *angustia* que le produce el pensar que sea posible su reprobación sería clara señal de que Dios le ha elegido. Y si aún le quedara alguna duda, ahí están sus *buenas obras* para disiparla como indicio de salvación.

4) Para realizar su tarea exige libertad individual, aunque lesione la de otros. La *libertad* está así para él por encima de la solidaridad.

5) *La caridad resultaría sospechosa*: Eso del amor al prójimo le parece sentimentalismo huero y falso.

6) Lo verdaderamente importante es que cada cual cumpla con su *deber*.

Y el deber exige *enriquecerse*, huir de la impreparación o de la abulia, siempre en el fondo fruto natural de una conducta desarreglada.

7) Poder y riqueza, las dos grandes palancas del mundo, exigen *entrenamiento y autodomínio*.

8) De ahí el *teotriunfalismo*: Haciéndose rico cree glorificar a Dios; *religión y negocios* parecen completarse entre sí. Se trata del carácter reverencial del negocio para los «*beati possidentes*» o de los felices propietarios.

En resumen: Aquí *Mammona* lo condensa al final todo, palabra aramea que, como su equivalente fenicia, significa riqueza, dinero, y ganancia<sup>2</sup>.

Como dijera San Ambrosio, «un campo produce muchos frutos, pero es mejor el que abunda en frutos y en flores». Por eso tanto el calvinismo antiguo como el neomoderno del Mercado Común irreligioso se han equivocado. De todas formas, entre el calvinismo religioso y el calvinismo de los neorríticos agnósticos hay una diferencia no pequeña: Al menos aquel calvinista trabajaba lo suyo, pero éste busca enriquecerse acudiendo a cualquier fraude, aunque sea sirviéndose del poder o de su cercanía, actitud que no es una tentación sino una moneda de circulación corriente. Como nos recuerdan los expertos en comportamiento animal en algunas especies los enfrentamientos rituales entre los machos que se disputan el territorio han sufrido una degeneración patológica: Gana la batalla no el mejor dotado o el más tenaz, sino el que despliega con mayor prestancia ciertos atributos puramente ornamentales, y así el pavo triunfa de sus rivales por la rueda imponente de su cola, pero la cola se ha desarrollado tanto que impide al ave volar, hasta el punto de ponerla en peligro de extinción. En consecuencia podemos decir que *la diversión no se ha erradicado, pero (y tal vez por ello) la conversión se ha equivocado de camino*. Imprimir sobre el dólar la leyenda «in God we trust» («confiamos en Dios») lleva a todos los golfos a la eterna guerra del Golfo, aunque algunos tengan la tentación golfa de llamarla «guerra de religión».

### 3. LA DESESPERACION NO ES ARGUMENTO DE CONVERSION: ALGUNAS MUESTRAS

Pero si el calvinismo no es la solución para la conversión, como tampoco el prometido y frustrado «humanismo socialista», de ahí no hay que deducir —al menos en mi opinión particular— la decadencia de la razón humana, y mucho menos el abandono del consuelo y la esperanza divina. Así que tomamos distancia absoluta respecto de los ayer apologistas de la Ilustración, y hoy «*puericantori castrati*» de su decadencia: Ni tanto, ni tan calvo.

Es verdad que los signos de los tiempos no favorecen en mucho optimismos indiscriminados: La crisis ecológica con su gravísima vulneración del ozono (y la venta magna de los refugios atómicos), la extensión de la plaga de

<sup>2</sup> Cf. GALLEGOS ROCAFULL, J. M., *La visión cristiana del mundo económico*. Ed. Taurus, Madrid, 1959.

<sup>3</sup> SAN AMBROSIO: *De Virginitate* VI, 34, PL. 16, 288.

drogas, la presencia repleta del Sida, la eliminación de los nonatos o de los deficientes o gastados, el fracaso del comunismo, el no menor fiasco del capitalismo incapaz de alimentar a las tres cuartas partes de la humanidad y de dar sentido a la otra cuarta parte, etc., están a la vista.

Pero ¿todo eso conducirá al Apocalipsis? Por mi parte no sé si éste llegará pronto o tarde; en todo caso tampoco niego que me repugna el mito progresista del futuro humano cada vez más perfecto —Antiapocalipsis— del que queda evacuado cualquier planteamiento crítico respecto de lo real presente, y de su indiscutible dimensión thanática.

Hay sin embargo entre los filósofos españoles recientes una reacción equivocada y de signo contrario ante la disyuntiva «Progreso, o Apocalipsis», veamos algunas muestras.

A. Los unos, como por ejemplo Gabriel Albiac en su lamentosa columna del diario «El Mundo», no abren la boca si no es para manifestar su desencanto enraizados en su misoteísmo u odio a lo divino, lo cual no les impide exhibir una permanente teicopsia (vista divina), en que ellos mismos se presentan como los tefromantes o adivinos sobre las cenizas de las víctimas. La verdad es que son mayoría los que tras su ataque al Dios cristiano lloran amargamente y con todo lujo de pesimismo el futuro de la humanidad, o se dedican a la recuperación del ego en forma de permanente automixis, esto es, de mezcla de las diversas poses de sí mismos, o, si se prefiere, de su autocolalia o repetición morbosa de las últimas palabras o sílabas que dejan caer. Todo esto, preferentemente en los Congresos de Filósofos Jóvenes, ante la anhelada cámara.

B. No faltan tampoco los diteístas, los cuales, por tener como mínimo dos dioses, en ocasiones se muestran reyes del docetismo, y así unas veces juegan a ser gimnosofitas, aquellos sabios desnudos brahmánicos buscadores de la plenitud de sentido en el todo cósmico, y otras veces buscan el todo apuntándose al maletín de negocios burgués que les lleva a la nada. Dada su versatilidad, lo mismo dicen que no creen que lo contrario, y si ayer fueron marxistas científicos, hoy son capaces de aplaudir sin inmutarse el chiste de Chumy Chuméz donde un trotskysta o similar le dice muy seriamente a otro barbudo con aspecto de existencialista: «Parece que por fin se están dando las condiciones objetivas para que exista Dios»<sup>4</sup>. De estos no cabe esperar que, digan lo que digan, vivan nunca en la brecha de la metáfora, ni que mientras siga naciendo la espiga en cualquier lugar y los campos se pueblen de flores ellos vayan a cantar de corazón al sentimiento solidario y libre.

C. Junto a los profetas de la desgracia y a los arribistas están aquellos otros terceros que pretenden hacer de tripas corazón, pero sin querer saber que el corazón es algo más que una importante parte del cuerpo. Son los que dan marcha atrás ante ciertos excesos, pero no se atreven a rectificarlos del todo decididamente, limitándose a censurarlos. Y así María José Varela Portela, abogada feminista, aplaude los excesos del hiperfeminismo que es gine-

<sup>4</sup> In «Diario 16», 3.8.1990.

comanía de la ginecocracia cuando no ginéica ginantropía o ginandroidismo, pero —menos mal— se declara contraria a la utilización de las nuevas tecnologías para la elección del sexo del futuro hijo, rechazando así el «control de calidad» de los hijos, y abogando en cierto modo por lo gratuito<sup>5</sup>. Una pena que no vaya más lejos apostando más alto. Asimismo, el propio Juez que autorizó el desaguisado permitiendo a una mujer de Mataró elegir el sexo de un hijo, da por fin marcha atrás (más vale tarde que nunca) tras presentar recurso la Fiscalía del Tribunal Superior de Cataluña, a la vista de que la mujer hubiera podido dar a luz por manipulación genética antes de que la Audiencia de Barcelona dictaminase, pues «podríamos encontrarnos con un nacimiento ilegal». He ahí cómo lo sagrado se torna cuestión jurídica y cómo por vaciamiento de lo sagrado en lo jurídico se puede llegar a algo tan peregrino como un «nacimiento ilegal»: ¿Desde cuándo nacer se ha vuelto ilegal? Lo ilegal será la manipulación, pero nunca el nacimiento ¡Sálvese quien pueda mientras tanto!

En estos ambientes se opta ocasionalmente por una postura humanística propositiva, pero con tantos resabios y tan antirreligiosamente, que se da por supuesta la irracional visceralidad de cualquier opción creyente. Por ejemplo Roman Gubern: «Ante esta pluralidad de creencias religiosas acerca de la muerte y del destino del sujeto tras este tránsito, una sociedad civilizada (no teocrática, como Irán) tiene que hacer abstracción de estas creencias respetables, pero indemostradas científicamente, y apelar a un razonamiento secular basado en la equidad... Llegados a este terreno metafísico, que es el terreno de los teólogos y de la moral confesional, la discusión jurídica se desmorona y la lógica civil no tiene nada que hacer, pues se ha entrado en el campo de la visceralidad subracional»<sup>6</sup>.

D. Finalmente, en esta variada gama de reacciones ante la crisis, gama que en todo caso evidencia que algo se mueve y que tarde o temprano la conversión habrá de plantearse entre los divertidos mismos, hay quienes toman a lo religioso de una forma muy peculiar, más que a lo religioso institucional a lo parareligioso. Lo que ocurre es que resulta muy difícil saber hasta qué punto, por ejemplo, el escritor Fernando Arrabal con sus visiones especiales y su testimonio respecto de apariciones, puede ser tomado como un ejemplo de conversión a lo profundo y al horizonte de sentido último, o más bien como una prueba más de erostratismo y de megalomanía. ¿Acaso este tipo de síntomas habrá de preceder a otros más equilibrados, siendo por así decirlo como su preludeo?

También en esta línea situaríamos las últimas declaraciones de Fernando Sánchez Dragó, que afirma lo siguiente en una entrevista con grandes titulares: «Estamos próximos al Apocalipsis y sólo la religión puede salvarnos. Vivimos en un momento de sombrío pesimismo. Existen ciertos datos y yo he llegado al conocimiento de algunos no difundidos, que nos aseveran la posibilidad de que estemos muy cerca del Apocalipsis. Para el 93 desaparecerán

numerosos seres vivos, y para el 97 las personas. Creo que estamos asistiendo a una situación ecológicamente irreversible»<sup>7</sup>.

Discatástrofe contra eucatástrofe (en este caso la del 1992 emanada del poder), lo cierto es que a Sánchez Dragó le sobra tal vez catastrofismo, pero no le falta en absoluto añoranza de lo Totalmente Otro: «Cuando la gente —dice— se entrega al frenesí del consumo y al poder oculto de los banqueros es cuando puede llegar el final y la guerra. Y de ahí esta última búsqueda del nuevo Grial, en este caso del petróleo que es la guerra del Golfo». De todo lo cual concluye nuestro autor: «Creo absolutamente verídica la frase del Malraux: El siglo XXI será religioso o no será».

En realidad, este autor refleja de un modo paradigmático el comienzo del deshielo, el mar de fondo, las aguas profundas. Tras el fracaso de los pronósticos del socialismo real ¿qué queda? La búsqueda. Y esta búsqueda por una parte no tiene aún, en los modernos autores que están de vuelta respecto del agnosticismo, la suficiente distancia respecto de la tradición católica eclesial como para realizar en su interior una conversión que sea a la par renovación a lo mejor, y por otra parte induce desde esa insatisfacción al acercamiento a parareligiosidades o tanteos de tipo gnóstico: «Las religiones —añade en ese sentido Sánchez Dragó— serían así la vulgarización, por así decirlo, de ese conocimiento necesario para la tranquilidad espiritual de las personas y que, en sus textos originarios, como por ejemplo pueden ser los Evangelios Gnósticos, no son accesibles a la mayoría. De ahí las virtudes de los hasta ahora ridiculizados catecismos, que, en el fondo, sólo pretenden difundir una serie de principios que aquellos seres llamados salvadores, Cristo o Buda, han ido dando a la humanidad en tiempos de apocalipsis y de posible extinción de la humanidad».

Bien claro está que toda hibridación religión-gnosis exige su hermenéutica, y que éste cree serlo Sánchez-Dragó. No hará falta decir que, en este clima espiritual, la vuelta a la Iglesia y a los sacramentos tiene para esta avanzada-generacional en que se sitúa nuestro autor un carácter más bien metafórico —por cierto— todavía ridiculizado por los mismos medios de información que le entrevistan, los cuales, incapaces de prescindir por un momento del síndrome progre, en recuadro especial dentro de la entrevista que estamos comentando, y bajo el título «Las felices ventajas de comulgar», se mofan de este aserto de Sánchez Dragó: «Me ha ayudado mucho volver a la Iglesia. En el momento en que tomo la Eucaristía me siento comulgando con el macrocosmos. Algunos al leer esto pensarán que me he vuelto loco o que he envejecido, pero yo puedo asegurarles que la reflexión es sólo fuente de dolor, mientras que el rezo es territorio de paz absoluta»<sup>8</sup>.

Para no ser insinceros, y tras constatar que no cabe la conversión por el mero hecho de haberse cansado de la diversión, del mismo modo que no se gana una carrera por el mero hecho de perder la anterior, como le ocurre a ciertos «ex» de la generación de Mayo del 68, uno se pregunta también si la

<sup>5</sup> In «El País», 1.9.1990.

<sup>6</sup> In «El Independiente», 3.8.1990.

<sup>7</sup> In «Diario 16», 27.8.1990.

<sup>8</sup> Ibidem.

Iglesia a la que ahora se produce el acercamiento está preparada debidamente, de razón y de corazón, para dialogar amorosamente con los retornantes. De todas formas el diálogo se ha de producir, y quizá ayude a descubrir que asimismo en el interior de la Iglesia no está toda la conversión, y que ésta exige una renovación permanente desde lo profundo de todos los hombres de buena voluntad, un acercamiento pneumático hacia lo que funda y confiere sentido.

Desde esa perspectiva hay que mirar con esperanza el final de este bimilenio, que concluirá sin embargo con una gran mayoría de borregos tras su Panurgo embrutecedor, y de militantes del materialismo vulgar, al modo como lo son —aunque crean otra cosa— los cerdos del rebaño de Epicuro, *Epicuri de grege porcum*.

#### 4. ¡METANOETE, CONVERTIOS!

La cultura de la insolidaridad con su individualismo, su refugio en lo privado y su neoconservadurismo liberal que tanto alaba el poder y el prestigio; la dictadura de la realidad con su competitivo burocratismo y su racionalidad instrumental científico-técnica (que puede conducir a la loca carrera de la ingeniería genética); el pragmatopositivismo darwiniano; la búsqueda de placer a todo precio; la muerte de las utopías del ser sustituidas por los tópicos del tener; la loca carrera del armamentismo y la degradación biológica, todo eso nos lleva a preguntarnos: ¿No hay acaso otras actitudes posibles, otros valores, otra cultura?, ¿cómo presentarles o anunciarles en su caso?, ¿qué signos liberadores y testimoniales fehacientes sería menester promover en orden a la libertad, igualdad y fraternidad?, ¿cómo hacer cultura de la presencia, con adecuadas mediaciones, desde un poder compartido?, ¿cómo realizar la conversión del corazón, la búsqueda sincera, la atención a los signos, la disposición generosa, la actitud esperanzada, la creatividad y la imaginación, la coherencia entre las palabras y las obras?

Tales son las cuestiones en las que nos va a todos la vida de la conversión. El creyente dice al respecto con Francisco de Asís: «Nuestra única seguridad es la de tener un Padre en los cielos», y por su parte el no creyente confiará en lo que desee para lanzarse a la Gran Aventura; pero la tarea en ambos casos es muy grande, aunque los braceros sean pocos, y los desconciertos surjan a cada paso; Una cosa es la conciencia de «la obra» a realizar, y otra la modestia de «las obras».

En esa tensión entre lo que debe hacerse, lo que puede hacerse, y lo que siempre faltará por hacer, se mueve la realidad; asimismo, siempre habrá quien quiera y pueda contribuir al cambio hacia la conversión, quien quiera y no pueda mucho, quien no quiera aunque podría, y quien ni pueda ni quiera: Será el eterno conflicto de voluntades al que sólo se dará solución ética con una distancia adecuada desde el rostro del otro, pues no hay conversión si no hay rostro del otro.

La eterna cuestión es también aquí, en lo relativo a la conversión, la de

ponerle el cascabel al gato: ¿Quién será el que lleve al prójimo a la convicción de la necesaria conversión, cómo argumentar, desde qué trasfondo, sobre todo cuando mucha gente no siente en absoluto la necesidad de cambiar hacia lo profundo, hacia la consideración primordial de lo personal, hacia lo eterno del hombre, hacia lo trascendente, hacia lo divino? Y si es cada individuo sin necesidad de invitación exterior el que ha de descubrir el acceso hacia lo totalmente humano ¿cómo podría descubrirlo con una escala de valores donde lo humano no entra de una forma primordial?, ¿cómo abrirse hacia una cultura de la conversión, si no se conoce ni en la teoría ni en la práctica dicha cultura?

Así las cosas, un alumno de doctorado, por lo demás nada vulgar, expresaba no hace mucho su repugnancia por los sentimientos morales: Adhiriéndose a la opinión de Hume de que no existen hechos morales afirmaba que cuando la mano del adulto airado golpea la cabeza del inocente huérfano sólo cabe testificar que un cuerpo en movimiento se desplaza para incidir sobre un cuerpo en reposo, pero no puede probarse que tal sea un hecho inmoral, pues sólo se puede hablar científicamente de lo visible. Olvidaba este alumno neomoderno y culto que lo esencial es —como dice A. de Saint Exupéry— invisible a los ojos. Y desde luego mostraba algo muy preocupante: La creciente insensibilidad moral de muchos jóvenes de hoy, «idiotas morales» tan negados para lo ético como Napoleón para lo estético, ya que a este último sólo se le ocurría definir a la música como «el menos desagradable de los ruidos».

Parece claro que, a la vista de todo esto, hay que elaborar una teoría de lo profundo que haga inteligible y atractiva la conversión; pero del mismo modo que hay que caminar sobre los dos pies, hay asimismo que presentar en vivo y en directo el ejercicio práctico de tales convicciones, pues sólo por el ejemplo se puede explicar a fondo lo profundo. Mejor reflexión y más testimonio constituirán el quehacer del futuro, y constituyen de momento el intento de los grupos más sensibles, aquellos que sienten que pueden ser salvados, enderezando el propio esfuerzo al servicio de lo que funda, la gratuidad: Actuando, pues, no como Prometeo sino como niños que reclaman auxilio y que agradecen lo que se les da<sup>9</sup>.

Acostumbrarse a ser pocos, pocos y ni siquiera los mejores (*convertirse no significa en modo alguno ser mejor, es sencillamente tomar conciencia de la necesidad de lo que falta*), devenir pequeños focos pero dignos de crédito, capaces de entusiasmar y de servir de ejemplo de conversión, todo eso está esperando y comienza a ser vivido por algunos ya en esta misma generación.

---

Carlos Díaz.

Profesor Titular de la Universidad Complutense.

Escritor. Miembro del Consejo de Redacción de Acontecimiento.

---

<sup>9</sup> Cfr. DIAZ, C.: *Yo quiero*. Editorial San Esteban, Salamanca, 1990.